

# GLORIA MUÑOZ

---

## VICENÇ ALTAIÓ

### Fragmento de texto para el catálogo CAMINOS ASTRALES, 2008

#### La lectura visual

Nada me excita más –¡oh paradoja!– que mirar pintura al óleo. Lo que está quieto, seco, se mueve. Cuando un cuadro es espléndido, lo contiene todo. Se te lleva, primero, por las direcciones visuales, con paradas en las intersecciones.

Después, te bañas en las cualidades diferenciadas de los colores. Y cuando la vista se ha hartado de bailar, se inicia un proceso de identificación de sentido que se ensancha con analogías. Es el momento de la mente.

Habiendo comprendido, nos vemos sometidos a una interpelación interna sobre el gusto estético, para acabar preguntando al autor por su sentido privado y el de la historia.

Los autores no están nunca frente a su pintura. Como mucho, detrás, en la preparación, y no responden. Por eso, mirar pintura nos encara, no al tiempo, ni siquiera a la eternidad, sino a un presente espacial congelado.

#### El choque

Acomodado por un orden despierto y naturalmente azaroso, he chocado con dos experiencias de conocimiento simultáneas: la lectura de un tratado práctico sobre la peste y la visita a los estudios de la pintora Gloria Muñoz.

En el primer caso, atraído por los testimonios del pasado, he comprobado un vez más cuánto cambia la comprensión de la realidad. Al principio de la imprenta, se creía que la peste era “aire podrido” que llegaba, como todo, de lo alto. Tres estadios de conocimiento se repartían el saber: el de arriba era el teológico; el del medio, el astronómico; y el de abajo, el más terrenal, el médico.

Considerando, el médico converso Alcanyís, que no era por cuestiones de virtud o vicio que uno enfermaba y que los astros poco afectaban el contagio, fue condenado a ser quemado vivo en un acto de fe, acusado por el Santo Oficio.

#### II Choques de escritura literaria sobre una lectura visual

He dejado de leer para abstraerme, bajo la tutela de la pintora Gloria Muñoz, y recibir de ella una lección de pintura superior. Mirar sus cuadros exige mucho tiempo, como leer. Se te lleva una calma agitada, como si un golpe de pincel grueso fuera capaz de remover los orígenes del universo. Las pinturas de ahora hoy se cuelan por agujeros negros interiores y al punto aparecen mitologías sobre la creación de la pintura. Se revela ahí la revolución de la materia: la energía deriva del choque entre continuidades y lo imprevisto.

Nada me complace más, cuando se me invita a escribir sobre el arte de alguien a quien no conozco personalmente, que poder presentarme libre de prejuicios ante la obra. El escritor, con humildad humana si así se ofrece, procura igualarse al artista con quien comparte problemas que son comunes.

No quisiera parecerme en nada a aquel que, monoteísta, habla desde lo alto. El crítico de arte, cuando actúa de teólogo, se cree siempre el último profeta que reencarna al primero. Y somete la obra al dictado y pronuncia anatemas. En un ambiente de ortodoxia y rigidez, quisiera ser libre de pensamiento, y tolerante.

Había leído que en verano Gloria Muñoz se aislaba, alejada de los humanos, en el convento de clausura de las monjas agustinas, en Peralada, donde había convertido la capilla en taller. En un sitio así, heterodoxo, cada pincelada reactiva la memoria, cantidad de fuerzas vivas y muertas en choque.

La iglesia, vacía de imágenes, nos recuerda cuando la religión, que no la espiritualidad, pierde sentido y al mismo tiempo, nos pone en estado de alerta para cuando la pretendida espiritualidad del arte, al revés, borra las imágenes. Gloria no pinta imágenes, construye imágenes y pinta imágenes construidas.

## GLORIA MUÑOZ

---

El estudio, majestuoso, una vez desacralizado, se ha convertido en el cartón piedra de la religión y, desde el punto de vista del espacio artístico, en la escenografía de la pintura. Esto es: la religión es la naturaleza muerta del arte. Allí, las pinturas de Gloria Muñoz se confunden y fusionan con el entorno físico de la cultura material, con el entorno psíquico de la cultura inmaterial y con el entorno emotivo de la memoria borrada, enterrada, lo no-visible.

La arquitectura de la historia representa el hogar de los objetos perennes, de la misma manera que en la pintura al aire libre la naturaleza representa el interior expulsado del relato humano.

Veo en la pared del altar una veta gestual como una reliquia de la pintura anónima mediterránea. A su lado, una tela menuda encuadra el mismo fragmento coloreado que acababa de fijar con la mirada. La misma gama cromática, en un caso, flota mientras se ahoga en el fondo del tiempo químico de la luz; en el otro, en el lienzo, crece nuevamente la vida de la luz. No sé alcanzo a ver ahí la distinción entre lo que se deshace y lo que de nuevo se pinta de nuevo. Este estado extremo del tiempo es el tema de su pintura.

Las naturalezas muertas de Gloria Muñoz no son imágenes muertas, respiran un tiempo suspendido, sin agonía, sin nacimiento. Es un respiro posat puesto a en la mà mano que hace rimar gestualmente la magnificencia de lo anterior y el conocimiento de lo interior. En los dos casos, en la pared o en el lienzo, realidad y apariencia, referencia y realidad se confunden, alientan con la misma quietud.

El arte, en presente, reaviva el pasado del presente y se proyecta en un devenir sin tiempo.

Bajo los pies, en el centro de la planta, una reja evita que caigamos en una excavación, un hoyo. Los cuadros de Gloria Muñoz se inician con un punto negro; el lugar desde donde empiezo a mirar. Es el punto de inicio que la historia del arte ha pintado de negro, un punto donde la pintura ha sido negada y donde la pintura renace. En la obra reciente, alejándose de la facilidad y partiendo del punto negro como eje, inflama el gesto, conmueve el espacio, deja que la pintura provoque, desde la agitación y la inestabilidad, nuevas elaboraciones, visiones, interiores.

De la luz hecha materia al líquido hecho materia. La pintura de Gloria Muñoz, ajena a la utopía visionaria, a las narraciones, no sufre de melancolía. Pero una obra de arte tiene que trasladar un principio de realidad superior inexpresable a otro principio de realidad autónomo más que

expresivo. De otra manera, ¿qué es una metáfora sino un mediador? El artista, como el demiurgo, capta una realidad profunda y transustancia su materia.

No se trata aquí de desplazamientos lingüísticos antiestéticos, sino de desplazamientos visuales. Y lo que pasa en el acto de creación debe perdurar fuera de la referencia de lugar y de acto. Sus pinturas pueden vivir desterritorializadas. No son un trozo de. Son.

En invierno, Gloria trabaja en un espacioso piso del Ensanche barcelonés, también más cargado que higienicorracional, donde el aire del conocimiento se espesa de referentes. Ella dispone altares con vasos de cristal, frutos otoñales y rostros alejandrinos que somete a un proceso de purificación líquida, a través de la tradición de la pintura al óleo. Dibuja y desdibuja. La memoria de la representación vive ahí un proceso de combustión parecido a la loa de la putrescibilidad previa a toda elevación y transcendencia.

Muchos artistas lo abandonan todo para seguir al profeta y al dogma de la modernidad. La mayoría han dejado los pinceles. Gloria, al contrario, es alguien que, despreocupado por el futuro, sencillamente crea múltiples puntos de vista desde donde la pintura pueda ser acto de creación, es decir, de inestabilidad. Como los físicos y los poetas, explora infinitos e intuiciones.

Me ha mostrado varios paisajes nocturnos. La luz está detrás y, sin embargo, la materia se ilumina por delante. De paisajista a cosmólogo. Todo creador debe saber que es capaz de conmover a la materia, por eso el auténtico lucha contra la permanencia y la simple transposición de lo real. Discernir la cadena de traspasos que van de la religión al arte, en pretendida espiritualidad, no debería privarnos de analizar la pérdida de fiabilidad de los dogmas en el arte de hoy, el descrédito de estructuras jerárquicas humanas y los rituales de ocio y consumo que se nos imponen. ¿Debe, el arte, vaciar la pintura?

Se dice de la arquitectura que, con el diseño, une forma y función, pero hemos visto vaciarse de sentido espacios que conformaban una regla. Además, la representación y el protocolo de la historia nunca ocupan el mismo espacio. Las imágenes se nos escapan a menudo de su emplazamiento.

No es lo mismo pintar en una pared en blanco.

Quisiera creer que, muerta la historia, la sustancia cambia de caparazón en una especie de panteísmo, paganismo y universalismo. Pintura, esto.